

que puede ventilar el entendimiento humano. Ya hemos citado los nombres de los filósofos mas famosos de nuestra época, Cousin, Guizot, Jouffroy, Damiron, Lherminier, Michelet y Pedro Leroux, y nos hemos atrevido á juzgar sus sistemas; pero no ha sido por un sentimiento de presuncion. Nuestra propia incapacidad nos hubiera hecho rehuir esta tarea: si no hemos vacilado en acometerla, es porque hemos buscado las doctrinas de un maestro mas grande. No hemos seguido nuestras propias ideas, sino las de la fé, que sabe dar aun á las inteligencias mas comunes lo que el talento solo no encontrará jamas en todo lo que no se ha dejado á la controversia de los hombres, la verdad. La fé nos ha valido mas para este juicio que el entendimiento y el ingenio.

Si no hemos hablado todavía de las consecuencias de los principios emitidos por los secuaces de San Simon y de Fourier, es porque hemos creido que basta esponerlos para escitar la indignacion de cualquiera que tenga corazon de hombre, cerrando así con la lista de los filósofos la historia de los grandes estravíos de la razon humana, desviada de los senderos que la antorcha de la fé ilumina. Nos hubiera costado dificultad el creerlo si nosotros mismos no lo leyéramos. El mal, dicen los primeros, como existencia positiva, no puede concebirse, todo es bien, todo es bueno, porque todo es uno (1).

(1) Esposicion de la doctrina sansimoniana, 2.º año, p. 104.

El mal es puramente relativo al hombre. A vista del pensamiento sansimoniano desaparece la disciplina de reserva, de pudor y de perpetuidad de los lazos individuales del himeneo. La movilidad y la inconstancia son modos de la vida tan divinos como la estabilidad, la fidelidad jurada y la constancia. Los enlaces fundados en los afectos pasajeros son tan legítimos y santos, como los que se sancionan con la promesa religiosa y las leyes: las pasiones sensuales no son otra cosa que la necesidad. Los sansimonianos proclaman la promiscuidad, y con ella la abolicion de todas las ideas de familia, sobre las cuales estriban la duracion y la felicidad de las sociedades, cualquiera que sea su forma. Los partidarios de Fourier, emiten los mismos principios, y no conciben el estado normal del destino humano sino por medio del incremento ilimitado de todos los instintos, cualquiera que sea su naturaleza.

Cubramos con un velo tan detestables escesos, y dediquémonos á amar la virtud que es la vida del corazon, como la verdad es la del entendimiento. Uno de nuestros filósofos ha osado afirmar que la fé cristiana está ingertada en cierta manera en el árbol de la duda, y que la duda vaga y la duda metódica encuentran contra toda verosimilitud una autoridad y una propaganda en la religion: hasta en nuestros seminarios ve escuelas de pironismo. No lo lleve á mal el señor C. de Remusat; pero padece un error gravísimo y nadie le creerá. La

filosofía viene á parar en el ateísmo, substituyendo al ser de los seres una ciega necesidad ó una simple abstracción, en un escepticismo universal reduciéndonos á la imposibilidad de afirmar y de negar nada, y en un irremediable antagonismo y en la anarquía con la negación del mal. En sus teorías se muestra opuesta á la naturaleza y á todo progreso verdadero: si fueran realizables aquellas, se conmovería la sociedad en sus bases, se acabaría la vida, y se anonadaría la humanidad. Al contrario el catolicismo, está en perfecta armonía en sus dogmas y moral con el género humano. Ya hemos visto que corresponde admirablemente sobre todo á las necesidades de las sociedades modernas. Donde la filosofía se ve obligada á confesar su impotencia, nos asombra el catolicismo con los resplandores que despide en torno nuestro; y mientras que aquella no puede dar otro consuelo al hombre agitado por los remordimientos ó juguete de la fortuna que estas palabras: *Es necesario*, el catolicismo le abre fuentes de gracias y le prodiga esperanzas. A los desdichados les ofrece recursos, y al entendimiento humano, jadeando por el camino de la vida en busca de la verdad, le enseña el primer principio en lo mas encumbrado de los cielos.

Sin duda que el catolicismo tiene misterios profundos para la razón limitada del hombre; pero no son contradictorios en sí mismos, ni opuestos á la naturaleza: admite realidades y no sombras. Si no explica todos los hechos, el *cómo* y el *por qué* en to-

das las cuestiones, indicándonos su causa y los límites de la razón humana y en la infinitud de la razón divina, siempre da poderosos motivos para creer lo que supera á nuestros alcances. ¡Con qué precisión explica á Dios, al hombre y al mundo! En todas partes nos da las mas altas ideas de ellos. “Las cuestiones mas importantes, dice el ingenioso autor *del Ensayo sobre el panteísmo*, que el entendimiento humano puede suscitar, y que los antiguos sistemas resuelven tan incompletamente, son las del ser, del mal, del origen y del fin de las cosas. Estas cuestiones que la filosofía racionalista ha bosquejado apenas, y que teme, porque no se siente con fuerza para resolverlas, constituyen el terreno en que mejor quiere explicarse la lógica católica. Allí ostenta ella todas sus fuerzas ó invoca á un tiempo la tradición, los sentidos y la razón.”

¡Qué admirables especulaciones sobre el ser nos presentan los filósofos católicos desde S. Agustín hasta Malebranche! La cuestión del mal, á causa de su conexión con las bases del cristianismo, ha llamado sobre todo la atención de los filósofos cristianos. Se han interenado con valor en sus oscuras profundidades, y nos presentan la solución mas completa y mas satisfactoria de la cuestión mas difícil (1). Enriquecidos con todas las tradiciones divinas y humanas; cuánta luz no han difundido sobre el origen y el fin del hombre! Por

(1). Del libre albediro, S. Agustín.

medio de sus principios se puede formar la filosofía de la historia. También ha ventilado estas árduas cuestiones la filosofía del siglo XIX: las ha considerado de frente, y ha propuesto una solución. Perdónesenos si no lo comparamos con la solución católica: lo dicho ya nos parece que basta para demostrar de qué lado se encuentra la superioridad.

De aquí en adelante quedan comprobados dos hechos: el primero, que las cuestiones más importantes y difíciles de la filosofía que arredran al racionalismo y que el eclecticismo toca superficialmente nada más, forman el patrimonio privilegiado de la ciencia católica: el segundo, que por más que nuestros sistemas filosóficos proclamen la soberanía de la razón universal, están muy lejos de satisfacer las necesidades urgentes de la sociedad.

Para todo entendimiento elevado, para cualquier hombre que ama de veras á su patria, para el ciudadano que quiere el bien de sus semejantes, para una alma capaz de las sublimes impresiones de la virtud, parécenos que solo queda una cosa que desear: *la alianza sincera de la filosofía moderna con la doctrina católica*, no porque esta necesite semejante unión para conseguir su noble destino, sino porque aquella no puede cumplir su misión civilizadora en el seno de los pueblos, sino reuniéndose á los principios católicos. Esta feliz alianza aceleraría la marcha de la sociedad hácia una completa civilización, hácia un estado de sosiego ardentemente deseado.

No se crea que la filosofía tuviese que andar tanta distancia como comunmente se figuran algunos: sin cesar viene á parar al mismo terreno que la teología; y de hecho su punto de partida es común. Todos los conocimientos que una y otra adquieran, sean de la naturaleza que quieran, tienen igualmente por primer fundamento la fé, porque para cada raciocinio que hace el hombre, hay una primera verdad que es su base, y cuya certeza trataría en vano de demostrar en el fondo de su *yo* y como si le fuera propia. De suerte, que respecto de esta primera verdad, sufre la ley de la autoridad: hace un acto de fé. Esta es la convicción que llamaba Kant *creencia* y no *saber*. Lo que realmente diferencia la fé del teólogo de la del filósofo, es que este se detiene en las verdades que Dios nos revela por una palabra interior, mientras que el teólogo estiende también la fé á la revelación que la palabra exterior ha efectuado. La doctrina católica procede por vía de autoridad, y la doctrina filosófica por vía del libre escámen. Con todo, Pascal, al indicar el exceso igualmente peligroso de escluir la razón y de no admitir más que ella, parece que señala el medio de unión de una y otra. "Dios, dice, no entiende que sometamos á él nuestra creencia sin razón." Y he aquí cómo venimos á parar en el catolicismo que hace más de diez y ocho siglos está convidando á la razón para que se asegure de que Dios ha hablado, y luego se someta.

No se busque aquí la ocasion de acusarnos de partidarios del oscurantismo ó retrógrados: nos gloriamos de pertenecer á nuestro siglo. En la union que deseamos no intentamos de modo alguno hacer retrogradar á la inteligencia hácia la edad media. Entonces la filosofia tomó un carácter que no convendria ya á nuestra época. No cese, pues, de estender sus conquistas: progresen las ciencias, y difúndanse las luces; pero queden intactos y venerados los principios y consecuencias de la fé, y la vida social será ensalzada hasta el heroismo.

Por otra parte, en vano aparentaria la filosofia desconocer su necesidad de esta alianza para cumplir la verdadera y sublime mision; y ¿por qué en esta coyuntura en que la sociedad reclama mas que nunca el concurso unánime de todas las luces y de los esfuerzos generosos, no ha de acabar aquella la obra que tantas veces ha tanteado? La escuela espiritualista, fundada por Descartes, y continuada por Malebranche, fué al parecer la señal de una concordia definitiva de la filosofia, y del dogma religioso; pero no tardaron en desvanecerse estas halagüeñas esperanzas con las doctrinas sensualistas de Gassendi, espuestas por Locke y Condillac. El siglo XIX trajo un nuevo modo de considerar la filosofia. El señor Cousin le introdujo en Francia con aplauso, y el eclecticismo moderno, mas lato que el antiguo, llamaba indiferentemente á sí todos los sistemas. Colocándose entre el espiritualismo de la escuela alemana y el

espíritu de las doctrinas del siglo XVIII, entre la Sorbona y la escuela de Voltaire, se propuso reunir todas las sectas bajo su bandera para formar una sola: era un pacto entre la filosofia y todas las creencias, una tentativa de conciliacion; pero no pudo aceptarla el catolicismo porque propendia á destruirle. Como fiel guardian de la revelacion, no podia sacrificarla á las preocupaciones de los que le eran hostiles; y procediendo en materia religiosa por via de autoridad, no podia reconocer derechos ilimitados en la razon humana. La lucha ha continuado, y no ha cesado de prevalecer el catolicismo.

Se ha anunciado como prócsimo el advenimiento del nuevo dogma; mas el antiguo se sostiene, y el nuevo no parece. No por eso la filosofia se ha estado ociosa. El señor Damiron ha propuesto un compromiso entre el eclecticismo y el catolicismo. En este contrato el eclecticismo debia aceptar todos los dogmas con la condicion de esplicarlos; mas como la esplicacion que daba de ellos, los reducía á simples hechos psicológicos, á alegorías y símbolos, hubiera muerto el catolicismo desde el dia mismo que hubiese cimentado esta union. El señor Guizot ha dado un paso en la via de la conciliacion que se le debe agradecer. Su elevado entendimiento le ha hecho confesar la necesidad de una tradicion: censura á la reforma y á la filosofia porque la desconocen y desdeñan; de donde resulta, segun él, un vacío, un hueco, una cosa incompleta en la sociedad. Esperamos que no tarde en defi-

nirla. El señor Leroux, desechando el individualismo, porque no ofrece ninguna certeza, y no engendra mas que anarquía intelectual, alaba á los católicos que proclaman la necesidad de una tradición. Hasta aquí está en lo cierto y se acerca; pero se aleja en el punto que suponiendo que esta tradición es añeja y sin influencia, da la de la era moderna por base de su doctrina de progreso y de perfectibilidad.

Así, todas las tentativas de la filosofía han quedado impotentes hasta el día, porque no ha querido á lo que parece la union sino con mas condiciones que debian acarrear la ruina del catolicismo. Sin duda el hombre quiere y debe elevarse á la inteligencia, y debe procurar comprender lo que adora. Pero los dogmas son hechos divinos, hechos reales, objeto de la fé. Cese, pues, la filosofía de negarlos ó de no ver en ellos sino poesía: no destruya las bases de la fé, y se efectuará la alianza franca y leal.

El racionalismo, revestido de formas diversas, no será entonces una nueva rémora para nuestra época en su marcha ascendente. La humanidad progresará no solamente en el individuo, sino tambien en la especie sin obstáculo. Estos incrementos sucesivos llegarán á ser un vasto campo de observacion y de estudio para la filosofía, que aspira al conocimiento completo de la humanidad. Entonces la filosofía, expresion mas íntima y clara de la cosa expresada, no encerrándose en el horizonte de miras

esclusivas y á veces injustas, representará profundamente y con fidelidad las diversas apariencias de la existencia humana. Nuestro siglo que viene despues de los periodos escuberantes de accion y suturados de racionalismo, y que se aprovecha de las luces que han aglomerado los siglos anteriores á espensas propias, volverá al estado normal. La accion mas enérgica será dirigida por la mas alta sabiduría, y Dios será amado porque será conocido.

En épocas agitadas como la nuestra, cuando incesantemente aparecen en el horizonte señales amenazadoras, y se turba la vista á fuerza de contemplar el terreno movedizo que tiembla bajo nuestros piés, toca acelerar la conversion de la sociedad hácia los verdaderos principios religiosos, de quienes debe recibir el impulso que puede salvarla, y al que debemos concurrir todos con todos nuestros esfuerzos. Y ¿por qué habia de faltar este concurso en una causa de vida ó de muerte para la humanidad?

## CAPÍTULO VIII.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS CULTOS DISIDENTES DEL SIGLO XIX.

*De los puntos de creencia comunes á todos los pueblos y de su diversidad.—El culto religioso es el elemento mas poderoso de organizacion social. —Cultos mas generalmente difundidos en las*